

ALONSO DE PROAZA Y SU PARTICIPACIÓN EN LA CELESTINA

Por Pedro Velasco Ramos

“¡Unos dezían que era prolixa, otros breve, otros agradable, otros escura...”.
“No quiero maravillarme si esta presente obra ha seydo instrumento de lid
o contiendas a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno
sentencia sobre ella a sabor de su voluntad”.

Alonso de Proaza, seguramente la persona que más contribuyó al éxito de la Celestina. Es bastante probable que Rojas y Proaza coincidieran en el tiempo de su estancia en Salamanca aunque este último ya era famoso y conocido en los ambientes estudiantiles de la universidad y bien pronto ambos Rojas y Proaza trabaron amistad hasta tal punto que Rojas le confió a su amigo el poder incluir en su Celestina unos versos en los que descubren el nombre y el lugar de nacimiento del autor de la Celestina el ya consabido acróstico de la edición de Toledo 1502. Proaza, además de corrector de varias ediciones de la Celestina contribuyendo como ningún otro a la difusión de la obra de Rojas, finalizando esta colaboración con la edición de la Celestina de Valencia de 1514. Que supuso un definitivo espaldarazo a la obra de nuestro paisano y a partir de la cual, todas las ediciones posteriores, han tomado ésta como base.

El amigo y editor de Rojas demostró tener una intuición singular cuando al concluir los versos del acróstico expresó el temor de que la fama de “aqueste gran hombre” pudiera quedar en el olvido; y desgraciadamente así ocurrió, aún hoy, algunos dudan todavía de tal autoría.

“Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que el autor puso al principio de su libro:

No quiere mi pluma ni mandada razón
que quede la fama de aqueste gran hombre
ni su digna fama ni su claro nombre
cubierto de olvido por nuestra ocasión.

Es muy posible que Alonso Proaza convenciera a su amigo F. Rojas de que no mantuviera el anonimato de su obra y compuso once estrofas de arte mayor que contienen un acróstico que desvela el secreto de la autoría, estratagema que es frecuentemente utilizada por los autores de la época:

Por ende juntemos de cada renglón
de sus onze coplas la letra primera,
las cuales descubren por sabia manera
su nombre, su tierra, su clara nación.

El lector que sigue sus instrucciones obtiene el premio de la bien conocida declaración: “El bachiller Fernando de Rojas acabó....”

Esta fórmula, como ya hemos dicho anteriormente fue empleada por otros autores de la época como medio de comunicación con

sus lectores y F. Rojas seguramente por consejo de su maestro y amigo Proaza decidió revelar la identidad mediante el artilugio ya mencionado del acróstico.

Proaza y Rojas inician una tarea de transición entre la tradición oral clásica y la fascinación que les ofrece el invento de Gutenberg, es decir la letra impresa, aunque por falta de perspectiva histórica, no habían previsto, todavía, el futuro cisma entre el lenguaje impreso y el lenguaje transmitido por la voz humana, ambos intuyen que ya estaba comenzando a crearse un nuevo mundo de palabras escritas a molde que se difundiría con bastante mayor rapidez que las que el oído y la lengua pudieran nunca alcanzar.

Es en ese tiempo cuando se pasa de la “lectura del sabio”, pocos sabían leer, a una costumbre diaria como lo demuestra el éxito obtenido por La Celestina y los libros de caballería, presentes en las bibliotecas de muchos lectores. Lo que supone a la vez, entrar en un mundo, donde el libro comienza a ser un negocio rentable del que puede sacarse pingües beneficios, de su comercialización, con la aparición de un público habitual de lectores y compradores de libros.



La lectura se concebía en esta época; Según manifiesta Stephen Gilman en su obra “La España de Fernando de Rojas”, “Como lectura en voz alta: para uno solo o para otros, pero siempre en voz alta” incluso los libros de texto como la Gramática de Nebrija, el primer explotador académico del libro de texto, estaba rimada, a fin de que se pudiera leer en voz alta y aprenderse de memoria. La imprenta, no había creado

aun un público de lectores silenciosos; había multiplicado simplemente el número de textos disponibles para la lectura en voz alta.

Precisamente en este sentido es en el que la Salamanca de Fernando de Rojas se hallaba en estado de transición. Había un comercio floreciente de libros impresos a lo largo de la “calle de los Libreros”; una nueva biblioteca universitaria se había terminado en la década de 1480, la lectura comienza a ser para recreo personal, y la más libre circulación de texto dentro del reducido público estudiantil, comenzaba a suplir la repetición académica. Pero al mismo tiempo, ninguno de los afectados por estos cambios, potencialmente revolucionarios, había modificado su habitual sentido del lenguaje. Escribía para ser oídos, no leídos, y leían como si estuvieran declamando, moviendo sus labios y haciendo gestos abortivos mientras paseaban. Compararles con colegiales sería altamente descortés, pues sabían leer con gracia sonora y con una conciencia de lo que suponía la palabra, cosa que ha sido olvidada hoy y que sólo los hombres muy preparados en una universidad oral podrían realizar. Pero tenían una cosa en común con una clase de párvulos: su sentido del lenguaje era profundamente oral.